

LITERATURA Y CIENCIA

ALDOUS HUXLEY

LITERATURA Y CIENCIA

**EL HUMANISMO FRENTE AL PROGRESO
CIENTÍFICO Y TECNOLÓGICO**

Traducción y notas de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Literature and Science*

© Aldous Huxley, 1963, publicado mediante acuerdo
con Georges Borchardt, Inc. y Agencia Literaria
Carmen Balcells, S.A.

© de la traducción y las notas, Roberto Ramos Fontecoba

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: junio de 2017

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-946557-2-2
Depósito legal: C-735-2017

¿Snow o Leavis? ¿El tedioso cientifismo de *Las dos culturas* o el violento, grosero y obsesivo *literaturismo* moralista de la *Conferencia Richmond*?¹ Si no existiesen otras alternativas, nos encontraríamos sin duda en una situación complicada. Afortunadamente, hay caminos intermedios y es posible abordar el asunto con mayor realismo que el mostrado por cualquiera de los dos adalides. Y no olvidemos que estos no son los únicos combatientes en la arena; simplemente son hoy los más notorios. Este campo ha conocido una larga sucesión de hombres que han luchado por una causa o por la otra, y una larga sucesión también de serios partidarios de un acuerdo, los cuales han tratado ansiosamente de negociar una fructífera paz entre ambas fuerzas antagónicas o, al menos, una simbiosis no demasiado hostil. Recor-

1. Huxley se refiere al que por entonces era el último episodio del conflicto entre el mundo de la ciencia y el de la literatura: en 1959 C. P. Snow pronunció la famosa conferencia *Las dos culturas* (más tarde convertida en libro), en la que afirmó que el futuro pertenecía a los científicos y que los intelectuales, especialmente los literarios, eran «luditas naturales». La feroz respuesta del otro bando vino de la mano del influyente crítico literario británico F. R. Leavis, en su *Conferencia Richmond* de 1962.

demos a T. H. Huxley, quien abogaba por una educación primordialmente científica, atemperada (tal como la atemperan ahora los Institutos de Tecnología de California y de Massachusetts) con una buena dosis de historia, sociología, literatura inglesa y lenguas extranjeras. Recordemos también a Matthew Arnold, quien defendía una educación primordialmente humanística y específicamente clásica, atemperada por la dosis de ciencia necesaria para que sus receptores comprendan el mundo singularmente no helénico en que les ha tocado vivir. Seguramente T. H. Huxley habría estado de acuerdo con Arnold en que el hombre, e incluso su remoto ancestro, «el peludo cuadrúpedo con cola, orejas puntiagudas y, probablemente, costumbres arbóreas... llevaba oculto en su naturaleza algo destinado a convertirse en necesidad de letras humanas». Sin embargo, T. H. Huxley se negó a aceptar la conclusión adicional de Arnold, según la cual «nuestro peludo antecesor llevaba también en su naturaleza la necesidad de lengua griega». Para T. H. Huxley, esta otra necesidad espiritual consistía en los métodos y los resultados científicos.

Desde la famosa discusión, hace unos ochenta años, entre el principal representante de aquellos a los que T. H. Huxley llamaba «los levitas de la cultura» y el principal representante de «aquellos a quienes el pobre humanista ve a veces como sus Nabucodonosores», mucho

se ha escrito sobre el asunto de la ciencia *versus* el humanismo, y de la ciencia y el humanismo. Las más recientes contribuciones a la controversia provienen del profesor Lionel Trilling y del doctor Robert Oppenheimer. En un ensayo admirablemente sensato, publicado en junio de 1962 en *Commentary*, el profesor Trilling resume la controversia Leavis-Snow y habla con sutileza y buen juicio sobre las relaciones entre la ciencia, la literatura, la cultura y la mente. En cuanto al doctor Oppenheimer, su artículo «Ciencia y cultura», aparecido en *Encounter* en octubre de 1962, es un texto sólido, aunque no particularmente original, porque en un lenguaje algo más vago dice básicamente lo mismo que Eddington decía en la década de 1930 — algo que, en realidad, dirá cualquier físico que además de ser inteligente se interese por las artes, tenga vida privada y sienta que el bienestar público le concierne—. Por desgracia, estas reflexiones sobre la ciencia y la cultura, al igual que las del profesor Trilling, son demasiado abstractas y generales, y no resultan muy iluminadoras. Así pues, en los párrafos que siguen intentaré tratar este polémico asunto en términos más concretos que los empleados por Oppenheimer y Trilling, por Leavis, Snow y los iniciadores victorianos de este gran debate. ¿Cuál es la función de la literatura? ¿Cuáles son la psicología y la naturaleza del lenguaje literario? ¿En qué se diferencian de la función, la psicología y el lenguaje de

la ciencia? ¿Qué relación han tenido la literatura y la ciencia en el pasado? ¿Cuál es su relación actual? ¿Y cuál podrá ser la futura? ¿Qué debería hacer el hombre de letras del siglo xx con respecto a la ciencia de su siglo? Estas son las preguntas que trataré de responder.

2

Todas nuestras experiencias son en realidad privadas, pero algunas lo son menos que otras. Y son menos privadas en el sentido de que, en condiciones similares, la mayoría de las personas normales tendrán experiencias semejantes, y, después de haberlas tenido, probablemente interpreten un informe hablado o escrito de tales experiencias de forma idéntica o muy parecida.

Sin embargo, no puede afirmarse lo mismo de las más privadas de nuestras experiencias. Por ejemplo, es probable que las experiencias visuales, auditivas y olfativas de un grupo de personas que estén contemplando cómo se quema una casa sean similares. Y similares serán también las experiencias intelectuales de aquellos miembros del grupo que se esfuerzen por pensar lógicamente sobre las causas de ese incendio particular y, a la luz del conocimiento actual, sobre la combustión en general. En otros términos, las impresiones sensoriales y los proce-

Los del pensamiento racional son experiencias cuya privacidad no es tan extrema como para impedir que sean compartibles. Pero consideremos ahora las experiencias emocionales del público de nuestro incendio. Un miembro del grupo puede sentir excitación sexual; otro, placer estético; otro, horror, y otros pueden mostrar empatía o un regocijo inhumano y perverso. Tales experiencias, como es obvio, son radicalmente distintas entre sí. En este sentido, son más privadas que las experiencias sensoriales y que las intelectuales del pensamiento lógico.

En el presente contexto, la ciencia podría definirse como un medio para investigar, ordenar y comunicar las más públicas de las experiencias humanas. De modo menos sistemático, la literatura también aborda estas experiencias públicas. Sin embargo, se centra fundamentalmente en las experiencias más privadas, y en la interacción entre los mundos privados de los individuos que sienten y piensan y los universos públicos de la «realidad objetiva», la lógica, las convenciones sociales y la información acumulada y disponible actualmente.

3

El hombre de ciencia estudia las experiencias más públicas mediante la información que obtiene de sí mismo

y de otras personas, conceptualiza dichas experiencias en términos de algún lenguaje, verbal o matemático, que es común a los miembros de su grupo cultural, y correlaciona estos conceptos en un sistema que posee consistencia lógica; después, busca «definiciones operativas» de sus conceptos en el mundo de la naturaleza y, mediante la observación y el experimento, intenta probar que sus conclusiones lógicas corresponden a ciertos aspectos de los acontecimientos que tienen lugar «ahí fuera».

A su manera, también el hombre de letras es un observador, organizador y comunicador de las más públicas experiencias de los acontecimientos que tienen lugar en los mundos de la naturaleza, la cultura y el lenguaje. Consideradas de un cierto modo, tales experiencias son el material en bruto de muchas ramas de la ciencia, y también de muchas poesías, piezas teatrales, novelas y ensayos. Pero mientras que el hombre de ciencia hace todo lo posible por ignorar los mundos que le son revelados por las más privadas experiencias (propias y ajenas), el hombre de letras no se detiene mucho tiempo en lo meramente público. Para él, la realidad exterior se relaciona sin cesar con el mundo interior de la experiencia privada; la lógica compartida se ajusta al sentimiento incompatible; la salvaje individualidad rompe siempre la cáscara del hábito cultural. Además, el modo en que

el artista literario aborda su campo de trabajo es enteramente distinto del modo en que ese mismo campo es tratado por el hombre de ciencia. El científico examina una serie de casos particulares, anota todas las similitudes y uniformidades y abstrae de estas una generalización bajo cuya luz (después de ser cotejada con los hechos observados) todos los otros casos análogos pueden ser comprendidos y tratados. Lo que le concierne principalmente no es la concreción de algún acontecimiento único, sino las generalizaciones abstraídas, en cuyos términos todos los acontecimientos de un determinado tipo «cobran sentido». Sin embargo, la forma en que el artista literario aborda la experiencia —incluso las experiencias de carácter más público— es muy distinta. Los experimentos repetibles y la abstracción, a partir de la experiencia, de generalizaciones utilizables no le incumben. Su método consiste en concentrarse en algún caso individual, en observarlo de forma tan detenida que finalmente pueda verlo con toda nitidez. Todo lo particular, público o privado, es una ventana abierta a lo universal. *El rey Lear*, *Hamlet*, *Macbeth*: tres espeluznantes anécdotas sobre seres humanos altamente individualizados en situaciones excepcionales. A través del registro de acontecimientos únicos y sumamente improbables que ocurren simultáneamente en los mundos de la experiencia privada y la experiencia pública, Shakespeare

vio, y de forma milagrosa hizo posible que nosotros viéramos, una esclarecedora verdad en todos los niveles, desde el teatral al cósmico, desde el político al sentimental y el fisiológico, desde el humano, excesivamente familiar, al incognoscible y divino.

Las ciencias físicas comenzaron a progresar cuando los investigadores desplazaron su foco de atención desde las cualidades hacia las cantidades; desde la apariencia de las cosas percibidas como totalidades hacia sus estructuras; desde los fenómenos que se presentan a la conciencia por medio de los sentidos hacia sus componentes invisibles e intangibles, cuya existencia solo podía inferirse mediante el razonamiento analítico. Las ciencias físicas son «nomotéticas»; intentan establecer leyes explicativas, y estas leyes resultan sumamente útiles y reveladoras cuando tratan de las relaciones entre lo invisible e intangible que subyace tras las apariencias. Lo invisible e intangible no puede ser descrito, pues no es un objeto de la experiencia inmediata; se conoce solo por inferencias obtenidas a partir de la experiencia inmediata al nivel de la apariencia ordinaria. Pero la literatura no es «nomotética», sino «ideográfica»; no le conciernen las regularidades y las leyes explicativas, sino la descripción de las apariencias y las cualidades observables de los objetos percibidos como totalidades, los juicios, las comparaciones y las discriminaciones, la na-

turalidad interior y las esencias, y, finalmente, el *istigkeit*² de las cosas, el *no* pensamiento, la atemporal mismidad (o unicidad del ser) en una infinitud de perpetuas muertes y perpetuos renacimientos.

El mundo del que trata la literatura es aquel en que los seres humanos nacen, viven y finalmente mueren; el mundo en que aman y odian, en que experimentan el éxito y la humillación; el mundo de la esperanza y la desesperación, de los sufrimientos y las alegrías, de la locura y el sentido común, de la estupidez, la astucia y la sabiduría; el mundo de las presiones sociales y los impulsos individuales, de la razón contra la pasión, de los instintos y las convenciones, de la lengua compartida y el sentimiento y la sensación incompatibles, de las diferencias innatas y las reglas, los papeles, los solemnes o absurdos rituales impuestos por la cultura dominante. Todo ser humano es consciente de este mundo múltiple y sabe (de modo más bien confuso la mayoría de las veces) dónde se ubica en relación con él. Es más, por analogía consigo mismo puede suponer dónde se ubican los otros, qué sienten y cómo es probable que se comporten. Como individuo privado, el científico habita el mundo polifacético en que el resto de la raza humana vive y muere.

2. Expresión traducible como *ser-encia* (combinación de *ser* y *esencia*).